

INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Acabamos de iniciar el Adviento, tiempo de esperanza que nos lleva a mirar al horizonte en espera de el Sol de justicia que nace de lo alto: Jesucristo nuestro Señor. Pues bien, en este contexto, la liturgia nos ofrece para la contemplación y la imitación a la figura de la Virgen María, la mujer limpia, pura, bella, la estrella de la mañana que anuncia el día. Las lecturas que se han proclamado nos ayudan a comprender su relevancia, situándola en el contexto de la historia de salvación. Volvamos sobre ellas.

1. <<¿Dónde estás?>>. Un Dios que busca al fugitivo

El párrafo del libro del Génesis que hemos proclamado como primera lectura, sigue a la narración de la creación del hombre por parte de Dios. El Altísimo ha puesto todo su amor en ella y ha dejado al ser humano como cuidador, como administrador de todo lo creado. En este contexto de paz y felicidad se inmiscuye el Tentador que despierta la envidia de Adán y le mueve a querer ser como Dios y a desobedecer el mandato divino. Posteriormente se suma Eva al desatino. Las consecuencias están sutilmente descritas por el autor sagrado: se ocultan a la mirada divina, se sienten desnudos, es decir, indefensos, se enfrentan culpándose mutuamente, e incluso se enemistan con la misma tierra cuyo cultivo les resultará trabajoso.

Jesucristo, rostro vivo de la misericordia del Padre, nos dejó narradas muchas parábolas en las que nos hablaba de la terquedad del hombre empeñado en alejarse de Dios: la del hijo pródigo, la de la oveja perdida... La respuesta divina siempre fue la búsqueda del fugitivo. El pecado y el mal son tan antiguos como la misma humanidad. Por desgracia, la historia se repite, y lo hace hoy con un agravante: el concepto de pecado se ha vaciado de sentido. Por una parte, el predominio de una moral subjetiva ha llevado a la mayoría a creer que <<todo vale>> en las opciones personales; por otra, la justificación sociológica del pecado ha empujado a creer que ninguna persona debe sentirse mal, puesto que la culpa no es suya, sino del sistema.

Lo cierto es que el hombre, pecador por naturaleza, vencido por el Demonio, sigue dejándose seducir por el mal, sigue sintiendo vergüenza, continúa ocultándose de la mirada divina. Por eso, no podemos dejar de narrar la historia de salvación como la historia de la búsqueda infatigable de un Dios Padre en cuya misericordia no debemos dejar de creer. Es necesario también hacer resonar con fuerza su llamada a la conversión, lo que comporta dejarse mirar por Él, escuchar su Palabra y seguir sus pasos.

Queridos hermanos/as: la figura del Creador que, como Padre bueno busca a Adán para ayudarlo a salir de su situación desesperada, nos llena de esperanza y nos invita a la conversión. También tú, también yo, seducidos por el Maligno nos hemos dejado llevar del orgullo, hemos querido suplantarle, y le hemos desobedecido. Los efectos perniciosos del pecado deberían ser un argumento suficiente para cambiar de vida: lejos de Dios se siente inseguridad y un terrible frío; enfrentados a los hermanos se padece una soledad mortal; y, en fin, en guerra con la naturaleza, este mundo no es sostenible. Pero el Dios que buscaba desesperadamente a Adán y nos busca también a nosotros cuando caemos es sin duda un argumento definitivo. Que el amor de ese tierno corazón de Padre nos mueva a la conversión en este tiempo tan propicio para ella.

2. <<Concebirás... y darás a luz un hijo>>. Un Dios que busca madre para su Hijo

Para hacer posible nuestro rescate salvador, Dios se ha buscado también una madre, una mujer que, al enfrentarse a la serpiente, símbolo del Maligno, abre la puerta a la esperanza de salvación. Esta esperanza comienza a verse cumplida con la llamada que el Señor dirige a una joven llamada María. De lo Alto hasta la ciudad de Nazaret desciende un mensajero llamado Gabriel. El ángel comienza saludándola e invitándola a la alegría: “¡Alégrate!”, le dice. Seguramente en María resonaban las palabras del profeta Sofonías anunciando el fin de la condena dirigida a su pueblo: “Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel, alégrate y goza de todo corazón, Jerusalén. El Señor ha cancelado tu condena... Él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo, como en día de fiesta” (Sof 3, 4-18). Tal vez este recuerdo sea la causa de su turbación y de su pregunta.

Por supuesto, la inquieta también la misma propuesta. El ángel le asegura que ha hallado gracia ante Dios, que el Altísimo la ha preservado de todo pecado y la bendice con la maternidad divina. Aunque desposada con José, aún no había tenido relaciones con él; por ello, la única forma posible de maternidad habría de venir por la intervención del Espíritu Santo. Finalmente, s. Lucas nos refiere el sí de María: <<Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra>>.

Celebramos la solemnidad de la Inmaculada Concepción. La que el ángel bautizó como “la llena de gracia”, ciertamente fue preservada por Dios de toda mancha de pecado. Así lo proclama el prefacio de la eucaristía de hoy: “¡Purísima había de ser, Señor, la Virgen que nos diera el Cordero inocente que quita el pecado del mundo! ¡Purísima la que destinabas entre todos, para tu pueblo, como abogada de gracia y ejemplo de santidad!”. A la bendición divina, María dio un generoso sí, lo que la sitúa en perfecto contrapunto con Eva: si ésta fue seducida por el tentador, María fue seducida por Dios. Si Eva fue la mujer del no a Dios, María fue la mujer del sí. De este modo, María realiza la promesa, hace real la esperanza del Salvador.

La mirada a la Virgen María nos enseña a ser discípulos, a escuchar y a seguir la voluntad de Dios. Si se hubiera dejado guiar únicamente por los cálculos humanos, nunca hubiera dado el paso, pero se fió de Él y le dijo sí. Por eso, podemos decir con el Papa Francisco: “Ella es el gran modelo para una Iglesia joven, que quiere seguir a Cristo con frescura y docilidad” (CVi 43). Ella dijo “sí” sin vueltas. Sin duda tendría una difícil misión, pero las dificultades no la movieron a decir “no”. “¡María no compró un seguro de vida! ¡María se la jugó y por eso es fuerte...! El “sí” y las ganas de servir fueron más fuertes que las dudas y las dificultades” (CVi 44, cf. Panamá, 26.I.19).

Vivimos en un contexto cultural, social y político de desorientación, de fractura social, de desmoralización. Nuestro mundo necesita más que nunca muchas personas, niños, jóvenes, mayores, que pronuncien un sí muy grande y comprometido al Dios que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, al Dios que –como dice s. Pablo en la 2ª lectura- “nos eligió en Cristo... para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor”. En definitiva, nuestro mundo necesita muchos santos que, como María, venzan el pecado y asuman el proyecto de Dios. De este modo, su Reino avanzará y nuestra esperanza se verá colmada. Que así sea.

+ Jesús, Obispo de Astorga